

Los Estados Unidos Y LAS REVOLUCIONES LATINOAMERICANAS

ROBERT FREEMAN SMITH

La política de los Estados Unidos hacia las revoluciones sociales y económicas de Latinoamérica es un tema de gran interés para el país. Los rumores de descontento en esta área, acoplados a la actual crisis en las relaciones Cubano-Americanas, han estimulado a escritores de numerosos artículos y libros. Para comprender mejor la situación actual, sin embargo, es necesario colocar el tema en su perspectiva histórica. Esto, en sí, no nos dará solución alguna pero quizás le dé alguna coherencia al tema complejo que tiene sus raíces en el desarrollo de la política exterior de los Estados Unidos.

I

La política de los Estados Unidos hacia las revoluciones sociales debe ser analizada en relación al papel general en los asuntos mundiales, y la política general Latinoamericana creada en respuesta a este papel. Los Estados Unidos llegaron al centro del escenario mundial de la política internacional allá por 1898, y los estadistas norteamericanos se encontraron con la obligación de redefinir el papel que su país habría de desempeñar en el mundo. Se probó por un período corto el imperialismo colonial, pero éste resultó ser caro y contrario a los ideales norteamericanos y a los valores culturales. Otro camino comenzó a surgir, cerca de 1900, que puede ser llamado el mantenimiento de un "Mundo de Puertas Abiertas". En muchas formas, esta política fue un intento pragmático de definir los intereses interdependientes estratégico-económicos de los Estados Unidos en un mundo de imperios y de bloques de poder en competencia los unos con los otros. Aunque esa política no fue enmarcada en la Carta del Atlántico y el intento del Presidente Eisenhower de terminar la Guerra Fría en la reunión de Ginebra en 1955.

Básicamente, este camino fue abandonado en la creencia que los intereses de los Estados Unidos estarían mejor protegidos en un mundo estable y pacífico en el que ningún imperio omnipotente ejerciese el control absoluto sobre extensas áreas de la superficie terrestre. Se dejó campo, por supuesto, para los imperios coloniales existentes, siempre que ellos no significaran una amenaza seria para la seguridad de los Estados Unidos o sus intereses económico-estratégicos ultramarinos. El Imperio Británico calzaba bien en esta política y la cooperación de los Estados Unidos y la Gran Bretaña llegó a ser un factor importante en el mundo del siglo veinte. Además, este camino estaba en conformidad con las tradiciones nomilitaristas de los Estados Unidos. Esto ha sido expresado en una serie de conferencias sobre desarme y de tratados de arbitraje.

El énfasis en un mundo estable tiene su origen en el

relativamente estable siglo XIX, período en que los Estados Unidos alcanzaron la madurez política y económica en un mundo condicionado por la Pax Britannia. Los Estados Unidos deseaban mantener este "status quo" general, pero no pudo ser. El orden del siglo XIX comenzó a dar señales de relajamiento antes de 1900 y el siglo XX había de ser un período de reto a todos los "status quos". Los sistemas imperialistas del Imperio Alemán, del Imperio Japonés, del Tercer Reich, de la Rusia Soviética y de la China Comunista, todos han tenido esta común característica. Casi en el mismo orden mencionados estos sistemas imperialistas, con ideologías al calce, han tratado de cerrar el "Mundo de Puertas Abiertas".

Los Estados Unidos han formulado su política Latinoamericana a la luz de este conflicto entre el mundo del "status quo" y los distintos sistemas imperialistas. Esta política ha sido complicada por los intereses especiales que los Estados Unidos han desarrollado en Centro América y el Caribe debido al Canal de Panamá y otros factores económico-estratégicos. El Secretario de Estado, Henry L. Stimson, describió esta situación especial en 1931, así:

Esa localidad ha sido el sitio externo a nuestras costas que la naturaleza ha decretado ser vital a nuestra seguridad nacional, por no decir nuestra prosperidad. Domina la línea de la gran ruta comercial que enlaza nuestras costas orientales y occidentales. Aun antes de que la mano del hombre cortara el istmo con un canal marítimo, esa ruta era vital para nuestros intereses nacionales. Desde que el Canal de Panamá llegó a ser un hecho consumado, no solamente ha llegado a ser la arteria vital de nuestro comercio costero, sino también, el eslabón de nuestra defensa nacional que protege el poder defensivo de nuestra flota. Uno no puede evaluar la política norteamericana hacia la América Latina sin tomar en consideración todos los elementos de la cual es la resultante.

La revigorizada, expandida versión de la Doctrina de Monroe —también llamada la "doctrina istmeña"— y el Panamericanismo fueron ambos versiones occidentales de la de "Puertas Abiertas" del mundo del "status quo". Estas dos políticas, sin embargo, envolvían una contradicción, especialmente en Centro América y el Caribe, que aun permanece como dilema de la política de los Estados Unidos. Una de las más importantes razones para esta contradicción fue la doctrina de intervención ilimitada basada en la "obligación" de los Estados Unidos en mantener el concepto de los derechos propietarios desarrollado por las naciones industriales, económicamente maduras,

de la Europa occidental. El Corolario de Roosevelt de 1904 fue un reflejo de la cambiante posición económica de los Estados Unidos, y en esta expansión de la Doctrina de Monroe, Teodoro Roosevelt declaró que los Estados Unidos salvaguardarían el "status quo" en Latino América con el objeto de prevenir la intromisión Europea. El creciente interés económico de los Estados Unidos en esta área sería también salvaguardado por medio de este corolario. De modo que, un punto de vista particular de los derechos propietarios estaba enlazado a la Doctrina de Monroe por razones estratégico-económicas, y los Estados Unidos declararon que ellos pondrían en vigor la nueva doctrina. Esto definitivamente afectó la política de los Estados Unidos hacia las revoluciones en Latino América, especialmente en Centro América y el Caribe. La reconciliación de esta doctrina con el Panamericanismo vino a convertirse entonces en el gran dilema.

Elihu Root comprendió este dilema y trató de resolverlo por medio de un revigorizado Panamericanismo acoplado a una variedad de otros medios.

Mas la declaración de Root en 1905 es prueba de la difícil naturaleza de esa solución:

El efecto inevitable de la construcción del Canal nos impone el requisito de mantener la vigilancia en los terrenos aledaños. En la naturaleza de las cosas, comercio y control, y la obligación de mantener el orden que va junto con aquellos, deben venir hacia nosotros.

La emasculación de la doctrina de Root propuesta por Luis Drago, de la Argentina, fue simbólica de esa creciente contradicción entre el Panamericanismo y la expandida Doctrina de Monroe.

Robert Lansing, como Consejero del Departamento de Estado, vió esto en 1914 y trató de explicarlo en una serie de memorandums. De acuerdo con Lansing, la Doctrina de Monroe fue "una afirmación de la primacía de los Estados Unidos en el hemisferio occidental". Pero, continuaba, "la primacía de una nación no está en armonía con el principio de igualdad de naciones que fundamenta el Panamericanismo". En efecto, Lansing no encontró la manera de reconciliar este conflicto mientras existiese la posibilidad del control extranjero sobre partes de Latino América. Su recomendación, que estaba de acuerdo con las ideas de Wilson sobre el tema, consistía en una aplicación del Corolario de Roosevelt. En otras palabras, los Estados Unidos deben intervenir en los países más turbulentos (aquellos en y alrededor del Caribe) y establecer gobiernos constitucionales y estables.

Al fondo de este dilema estaba el problema de lo que los Estados Unidos deberían hacer para mantener la paz y estabilidad en Latino América y este problema se intensificó por los intereses económicos de los Estados Unidos en el área y la amenaza de la influencia y control extranjeros. La intervención armada proveía una forma de estabilidad, pero llevaba en sí el peligro claro de que el Panamericanismo pudiera ser destruido.

La Diplomacia del Dólar —que envolvía una variedad de instrumentos económicos— fue primeramente usada por Elihu Root y después expandida por el Presidente William Howard Taft y el Secretario de Estado Philander C. Knox. "Substituyendo dólares por balas", como dijo Taft, se propuso asegurar la estabilidad y la paz del

Caribe por medio del uso de medidas económicas. Eliminando las causas de las revoluciones, el peligro de la intromisión Europea sería reducido. Desde la administración de Teodoro Roosevelt a la actual, los Estados Unidos han usado este camino cada vez con más frecuencia como medio de resolver el conflicto entre la Doctrina de Monroe y el Panamericanismo. Pasando por sobornos e instrumentos sutiles de presión hasta llegar al generoso mantenimiento de las economías de algunos países y masivos proyectos de ayuda, la Diplomacia del Dólar ha sido modificada y reformada a través de los años. Este proceso de reforma ha sido el reflejo de las cambiantes condiciones de Latino América y el desarrollo de la política de los Estados Unidos hacia un más aceptable sistema Panamericano. Este desarrollo no ha sido ni permanente ni aun consistente. Se ha quedado atrás, ha tenido sus recaídas y después ha corrido para ponerse a tono con las cambiantes condiciones.

El papel desempeñado por los Estados Unidos en las revoluciones económicas y sociales debe verse en el contenido del dilema entre la expandida Doctrina de Monroe y el Panamericanismo. La reacción de los Estados Unidos a las revoluciones políticas ha fijado mucho de los precedentes aplicados después a las revoluciones sociales. De hecho, la tendencia a analizar todos los problemas de Latino América en términos políticos ha llevado a mucha confusión y fracaso de la política de los Estados Unidos. Constituciones, mociones para elecciones y la habilidad de pagar los créditos han sido tomados como prueba de estabilidad y en muchos casos los Estados Unidos han tendido a curar los síntomas y no las causas. En ciertos respectos, Latino América ha cambiado rápidamente en el siglo XX y la política de los Estados Unidos ha sufrido de un "vacío de comprensión".

La primera revolución económica y social del siglo comenzó en México. Woodrow Wilson pareció comprender la situación económica y social y proclamó su apoyo a las aspiraciones del pueblo. En una entrevista en 1914 declaró:

Es una cosa curiosa que todas las demandas para el establecimiento del orden en México toman en consideración, no el orden o beneficio del pueblo de México sino el orden para el beneficio del antiguo régimen, para los aristócratas, para los intereses creados, para los hombres que son responsables de esta misma condición de desorden. Desean el orden —el viejo orden; pero yo os digo que el viejo orden está muerto. Mi papel es, según yo lo veo, el ayudar a arreglar esas diferencias hasta donde me sea posible, para que el nuevo orden que tenga sus fundamentos en la libertad y los derechos humanos, prevalezca.

Sin embargo, cuando las implicaciones sociales y económicas de la revolución comenzaron a descubrirse después de 1915, el Presidente se encontró firmemente cogido por los extremos de un dilema, una situación de la que parece no haberse dado cuenta. Esta situación se agravó por la Constitución de 1917, que pareció amenazar todas las propiedades norteamericanas en México. Aunque continuaba proclamando una política de no-intervención en México, Wilson empero demandó que México protegiera las propiedades norteamericanas. Las distin-

tas declaraciones de Wilson y del Departamento de Estado fueron bastante similares a la carta de Teodoro Roosevelt sobre Santo Domingo en 1904. Frederick Dunn, en su libro, "La Protección Diplomática de Americanos en México" pone el dedo sobre el dilema causado por este nuevo tipo de revolución, al escribir:

De acuerdo con las tradicionales naciones de soberanía nacional y la igualdad de los estados (Panamericanismo), no puede hacerse ninguna objeción particular a estas aspiraciones nacionalistas (en la Constitución de 1917). Bajo estas nociones, se presume que cada estado es libre para dirigir su propia vida social y económica como le parezca, y está en libertad para fijar el papel que los extranjeros deben desempeñar en esa vida. En el caso de México, sin embargo, una dificultad sería se presenta en el hecho que el programa planeado en Querétaro no podrá ser llevado a cabo sin desquiciar seriamente el "status quo" y esto no podría hacerse sin afectar contrariamente los intereses propietarios de los extranjeros. . . La mayoría de los derechos propietarios de extranjeros. . . han sido "legalmente" adquiridos, esto es, adquiridos de acuerdo con el concepto legal de propiedad privada entonces en vigor en la comunidad, y de hecho, en todo el mundo civilizado. Este concepto es a su vez reconocido en el orden legal internacional creado para la protección del comercio y trato internacional. Ese orden mantiene la noción de la santidad del derecho de propiedad privada, aun en contra de los actos de los gobiernos. No ha proveído para un cambio radical en el concepto de propiedad por un Estado particular o para una distribución de la riqueza nacional sino por medio de una justa compensación para los propietarios desposeídos.

Aquí, en efecto, estaba el dilema entre Panamericanismo y la expandida Doctrina de Monroe con una nueva falla. Al sostener los conceptos económicos tradicionales que han sido añadidos a la Doctrina de Monroe, Wilson acabó por demandar lo mismo que demandaban los petroleros. Al enfatizar la inmediata y completa compensación, el Presidente estaba diciendo que México, o moderaba su revolución ó hacía lo que financieramente era incapaz de hacer.

Las dificultades de Wilson con México se complicaron aun más por las airadas protestas de los propietarios norteamericanos en México, la propaganda que pedía la intervención, y la entrada de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial. El Presidente no simpatizaba con los petroleros y no se dejaba influenciar de ellos. Pero existen amplias pruebas de que algunos de sus consejeros lo estaban. Henry P. Fletcher, Embajador en México desde principios de 1917 hasta Enero de 1920, fue el confidente de Frederick Watriss, abogado de la Asociación de Productores de Petróleo en México y durante los agitados días de 1918 y 1919, Wilson se basaba en los memorandos de Fletcher para su información sobre la situación mexicana.

La amenaza de la influencia alemana se presentó antes del final de la guerra, pero el colapso de ese país puso fin, temporalmente, al temor de que un sistema imperialista Europeo tomara ventajas del tumulto en Méxi-

co. Las actitudes raciales y culturales tomaron parte, sin embargo. Varios funcionarios del gobierno de los Estados Unidos estaban firmemente convencidos de la inhabilidad de los Latinoamericanos para mantener la paz y la estabilidad. El Secretario del Interior, Franklin K. Lane escribió al Secretario de Estado, Lansing, en 1919:

Y ahora unas palabras sobre México. Yo deseara que de alguna manera usted tuviera manos libres en este asunto. Yo sé que serían unas manos firmes, unas manos autoritarias, y eso es lo que esas gentes necesitan. Ellos son niños díscolos que están ejerciendo todos los privilegios y derechos de las personas mayores.

Lansing contempló la intervención armada en 1919, como lo hizo el Asistente del Secretario de la Marina, Franklin D. Roosevelt. Hubo también alguna agitación en el Congreso en favor de la intervención. El Diputado Fiorello de la Guardia hacía eco a la actitud de algunos norteamericanos al declarar:

Sí; yo iría con frijoles en una mano y le ofrecería ayuda al pueblo mexicano, pero me aseguraría llevar en la otra un par de granadas, y Dios los salve en el caso que ellos no aceptaran nuestra bien intencionada y sincera amistad.

Wilson rehusó sancionar la intervención y se basó en la presión moral y económica hasta que Warren Harding tomó su lugar. El Secretario de Estado, Charles Evans Hughes, continuó esta presión hasta que los mexicanos firmaron los Pactos de Bucareli en 1923. Las condiciones en México se habían estabilizado después de 1920. El General Alvaro Obregón derrocó a Venustiano Carranza con un golpe de estado y se mostró más anuente a moderar el programa revolucionario. Hughes y Thomas Lamont, Presidente del Comité de Banqueros Internacionales en México, estaban convencidos de que Obregón era moderado y que una política de no-reconocimiento sin garantías previas para la protección de la propiedad privada, daría resultado. Otro disturbio ocurrió cuando en 1925 el Congreso Mexicano pasó leyes reguladoras a la Constitución de 1917, pero la diplomacia personal del Embajador Dwight Morrow dio por resultado otra moderación del programa revolucionario.

Estos acontecimientos han sido bosquejados porque en cierto modo fijan una norma para una futura reacción de los Estados Unidos ante revoluciones de esta naturaleza. Muchos de los mismos alegatos y factores complicados han de surgir en el futuro dondequiera que el "status quo" sea amenazado por una revolución social. El dilema básico permanece, como permanecieron muchos de los problemas sociales y económicos de México, pero la intervención armada no ha sido usada y eso es un signo favorable. Durante el curso de la década de 1920, los Estados Unidos gradualmente abandonaron la intervención armada en Centro América y cuando la siguiente amenaza de revolución social surgió en Cuba en 1933 había un buen número de precedentes a mano para otras soluciones que no fueran las de la fuerza.

II

La revolución estalló en Cuba a principios de Septiembre de 1933, cuando un grupo de sargentos del ejérci-

to, estudiantes y otras asociaciones derrocaron el incipiente gobierno del Presidente Carlos Manuel de Céspedes. Los días que siguieron a la revolución fueron marcados por la confusión y la violencia. Los desórdenes laborales brotaron sobre la isla y varios ingenios de azúcar fueron ocupados por los trabajadores. El gobierno, encabezado por el nuevo Presidente Ramón Grau San Martín, emitió declaraciones altamente nacionalistas que fueron tomadas al pie de la letra por los ya perturbados intereses comerciales de los Estados Unidos.

Era voz común que se avecinaba una revolución social y económica, y el Embajador Sumner Welles informaba a fines de Septiembre:

Está también dentro del plano de lo posible que la revolución social que está ya en camino no pueda detenerse. Las propiedades e intereses norteamericanos están siendo víctimas de graves prejuicios y el daño material a tales propiedades será con toda probabilidad muy grande.

Welles trabajó para remediar esta situación promoviendo una coalición de líderes políticos conservadores y del ejército para formar un nuevo gobierno. Esta política dio resultado en Enero de 1934, cuando Fulgencio Batista decidió que la situación era favorable para tal solución. El gobierno de Cuba volvió bajo liderato conservador, pero el obrerismo organizado mantuvo algunas de las ventajas adquiridas durante la administración de Grau San Martín.

La revolución cubana de 1933 reveló varios cambios en la política de los Estados Unidos. Se confirmó el abandono de la intervención armada, aunque no sin el despliegue del poder naval cerca de Cuba. Fuerzas navales de desembarque fueron usadas para proteger propiedades azucareras norteamericanas y un programa de expropiación hubiera probablemente resultado en una intervención armada completa. La administración de Roosevelt quería evitar tal acción si era posible, pero en 1933 no se estaba preparado para aceptar una revolución social o económica en esta área. El Presidente Roosevelt y el Secretario de Estado, Cordell Hull, deseaban mejorar las relaciones con la América Latina, especialmente en vista de la próxima Conferencia de Montevideo, lo que dio por resultado que confiaron en la diplomacia entre bastidores de Welles para llegar a un pacífico entendimiento.

El mayor cambio, sin embargo, fue el nuevo giro dado a la Diplomacia del Dólar por la administración de Roosevelt. Este cambio fue basado en la creencia que la restauración de una próspera economía azucarera cubana significaría el fin del desasosiego y sería la mejor garantía para una futura estabilidad. La idea misma no era nueva, pero Welles, Hull y otros consejeros deseaban que el gobierno de los Estados Unidos desempeñara un papel más activo en el desarrollo de esta prosperidad, la que, a su vez, ayudaría a revivir la prosperidad de los Estados Unidos. Los frutos de esta industria revivida, llegarían, teóricamente, a todos los niveles y así resolverían la mayor parte de los problemas del pueblo cubano. Sumner Welles, uno de los principales arquitectos de la política de los Estados Unidos en Cuba por esta época, estaba convencido que tal política era el dique que prevendría un indebido cambio del "status quo" y por lo tan-

to él mostraba poca simpatía hacia las reformas de la estructura económica cubana. Tres programas surgieron de la mezcla de estas ideas favoritas de grupos presionado: res: el plan de cuotas en el mercado del azúcar, los acuerdos de comercio recíproco y el segundo Export-Import Bank. Todos tres reflejan la aplicación de las primitivas ideas del Nuevo Trato a cuestiones de política exterior, y el segundo y el tercero fueron, subsecuentemente, extendidos a otros países Latinoamericanos. Esta política económica de los Estados Unidos ayudó a aliviar algunas de las dificultades económicas de Latinoamérica, pero no resultó ser la panacea que se imaginaron Hull y Welles.

III

En 1938, la República de México expropió a las principales compañías petroleras extranjeras. El Secretario de Estado Hull reconoció el derecho de expropiación, después de jugar con el uso de la presión económica para forzar una reconsideración. Hull, sin embargo, sostuvo el concepto clásico de una completa y rápida compensación y bloqueó un préstamo contra la plata mexicana propuesta por el Secretario del Tesoro, Henry Morgenthau. Roosevelt respaldó quietamente la decisión de Morgenthau de resumir la compra de plata a México, y cuando Morgenthau rehusó la solicitud de Hull de reducir los precios de la plata, el Secretario de Estado expresó su frustración en términos inequívocos:

Tenemos muchas dificultades en México y usted sabe que el Presidente y Daniels le han dado a los Mexicanos la impresión que ellos pueden seguir adelante y reírse en nuestras propias barbas. Yo tengo que tratar con esos comunistas. Tengo que mantener la ley internacional.

La posición de los Estados Unidos estaba moderada por Josephus Daniels con el apoyo de Roosevelt y de Morgenthau. Daniels comprendía los problemas de México y suavizó varias de las más extremistas declaraciones del Departamento de Estado. La creciente amenaza de la Alemania Nazi fortaleció la mano de Daniels pues Roosevelt deseaba cada vez más el apoyo y amistad de Latinoamérica. Los convenios de arreglos con las compañías petroleras se llevaron a cabo en 1940 y 1941, lo que dio por resultado que los mexicanos pudieron nacionalizar la industria petrolera sin perturbar seriamente las relaciones con los Estados Unidos. En el proceso, sin embargo, Daniels y Roosevelt moderaron el punto de vista clásico sobre el derecho de propiedad.

Bolivia fue el escenario de la siguiente revolución económica y social. En 1952, el gobierno revolucionario expropió las minas de estaño y comenzó un programa de reforma agraria. Después de un período de vacilaciones, el gobierno de los Estados Unidos extendió ayuda económica a Bolivia y esta ayuda ha sido un factor importante en la supervivencia de la Revolución Nacional. Esto decididamente marcó un cambio de actitud de parte de los Estados Unidos. En 1958, el Profesor Robert J. Alexander, escribió:

Económica, política y moralmente, los Estados Unidos le han dicho a Bolivia y al mundo que ellos no mantienen, necesariamente, el "status quo" en naciones semif feudales subdesarrolladas.

La Revolución Cubana de Fidel Castro, sin embargo, presenta la incógnita de hasta dónde la política de los Estados Unidos se ha movido en dirección de aprobar cambios revolucionarios en el "status quo" de Latino América. Es imposible en estos momentos dar una solución definitiva a esa incógnita. Varias observaciones pueden adelantarse, sin embargo. Los Estados siguen una política de cautela hacia Bolivia y Cuba. En el caso de Bolivia, los Estados Unidos firmaron un Convenio de Asistencia Económica solamente hasta que Bolivia llegó a un acuerdo preliminar con las viejas compañías mineras. Año y medio transcurrió entre la revolución y la firma de ese acuerdo. En el caso de Cuba, los Estados Unidos parecen haber tratado de seguir la misma política. Fidel Castro vino a Washington en Abril de 1959, y se le dio una audiencia no muy prometedora en un cuarto de hotel. Cuando la reforma agraria fue anunciada en Mayo de 1959, los Estados Unidos insistieron en un arreglo de pago inmediato a los propietarios norteamericanos. Desde ese momento, la Revolución Cubana comenzó a desplazarse hacia las manos de los más extremistas elementos, de orientación Marxista y las manifestaciones anti-Americanistas fueron más frecuentes. Por la primavera de 1960, esos elementos, encabezados por el "Ché" Guevara y Raúl Castro, estaban firmes en el poder, y Cuba fue orientada hacia el bloque Soviético.

La política vacilante seguida por los Estados Unidos no fue la única razón detrás de la inclinación de Cuba hacia el bloque comunista. Los comunistas cubanos, desde principios de 1959, decidieron identificarse con el Movimiento 26 de Julio por medio de la infiltración y probando su utilidad como trabajadores en favor del Movimiento. Aquella decisión fue tomada después de una agria lucha dentro del partido entre los "fusionistas" y aquellos que deseaban alcanzar el poder. Dando el apoyo de su disciplinada y bien organizada maquinaria a la Revolución, los comunistas probablemente se dieron cuenta que ellos podrían contar con el "Ché" Guevara para la integración de los dos movimientos. Guevara, un entrenado y sumamente inteligente Marxista, había adoc-trinado en el Marxismo a los rebeldes bajo su mando antes de la victoria sobre Batista. De modo que en contraste con los otros comandantes rebeldes, Guevara contaba con seguidores ideológicamente orientados que guardaban simpatías con la idea de cooperación con los comunistas.

La decisión comunista de pararse firme detrás de la bandera del Nacionalismo cubano y del Fidelismo, —a pesar de los desacuerdos con algunas de las medidas de Fidel—, significaba un riesgo calculado y una gran suma de paciencia. Hubo muchas manifestaciones de sentimiento anti-Comunista en Cuba durante la primera parte de 1959. Líderes comunistas fueron expulsados de sus posiciones de mando en ciertos sindicatos y aun Fidel describió el Comunismo en términos no muy halagüeños. El "Ché" Guevara fue prontamente despachado a una gira por las capitales comunistas y neutrales de Europa después de un discurso en el que expuso sus ideas de nacionalización y colectivización. A su regreso a principios de Septiembre, sin embargo, la marea comenzó a crecer más rápidamente hacia la izquierda y Guevara se desplazó más rápidamente hacia la posición de zar económico de Cuba. Mientras Guevara alcanzaba el poder, el

Partido Comunista (PSP) y el Movimiento 26 de Julio comenzaron a moverse hacia una futura integración.

Los factores detrás de este desarrollo son complejos y sujetos a varias interpretaciones. Theodore Draper cree que la debilidad ideológica y de organización del movimiento de Castro, acoplada a las ambiciones mesiánicas de Fidel, crearon una situación por la cual los Comunistas pudieron introducirse en el Gobierno Cubano. Según Draper, Fidel necesitaba una base ideológica, una estructura orgánica y un juego de técnicas económicas que los Comunistas estaban deseosos de proveer. De igual importancia es el hecho que los Comunistas voluntariamente se subordinaron al liderato de Castro. El "Ché" Guevara era el mediador en la nueva alianza. Como dice Draper: "Los Comunistas y Fidel caminaban los unos hacia el otro y viceversa, todos con los ojos abiertos, todos llenando sus necesidades mutuas". En el proceso, los débilmente organizados, los revolucionarios no-Comunistas, fueron cogidos descuidados mientras Guevara y su grupo gradualmente comenzaron a ocupar los puestos políticos claves junto con los Comunistas.

Fidel Castro se enderezaba en cierto modo confuso hacia una variedad de Socialismo antes de Septiembre de 1959, pero las condiciones financieras de Cuba a Guevara la oportunidad de influenciar el pensamiento de Fidel con claras ideas Marxistas. La pachanga gastadora de Fidel había debilitado profundamente los recursos financieros del Gobierno Cubano por el mes de Septiembre y Fidel estaba deseoso de escuchar el ofrecimiento de Guevara de resolver el problema de las rentas públicas. Desde ese momento, los Comunistas en número creciente entraron a formar parte del gobierno. Como la Revolución comenzara a desplazarse más decididamente hacia la izquierda, los Comunistas proveyeron la justificación ideológica y el apoyo organizado que Fidel necesitaba. Cuando muchos de los hombres del viejo Movimiento 26 de Julio protestaron contra la creciente infiltración comunista, fueron removidos por la fuerza o bien huyeron de Cuba. Esto, a su vez, hacía a Fidel aun más dependiente de Guevara y los comunistas.

Fidel no fue empujado hacia el camino del estado totalitario faltándole habilidad de organización y un discernimiento realista de los problemas económicos tan necesarios a un reformador político pragmático, Fidel gustosamente se dejó ir en la marea de la lógica Marxista. El 26 de Julio de 1961, la fusión del Partido Comunista y el Movimiento 26 de Julio se completó con el anuncio de la formación del Partido de la Revolución Socialista.

Durante el período de seis años, entre 1953 y 1959, los Estados Unidos perdieron el factor tiempo necesario en una política de cautela. Un importante cambio tuvo lugar en la política exterior del Soviet después de 1955, y desde entonces el Soviet ha seguido la política de dar ayuda a las revoluciones aun cuando ellas no sean de origen comunista. Por eso Cuba tuvo la alternativa que Bolivia no tuvo. Cuando Guevara pudo convencer a Fidel Castro que la política de los Estados Unidos de espera vigilante era, en efecto, una política de hostilidad a la revolución el escenario estaba listo para que el Soviet entrara y ofreciera otra alternativa. El tiempo ya no está del lado de los Estados Unidos en Latino América.

Varios otros factores deben también notarse. El

Profesor Alexander ha escrito que los diplomáticos de carrera de los Estados Unidos en Bolivia tenían "una simpatía activa por las metas" de la revolución. Este, ciertamente, no fue el caso antes del triunfo de la revolución en Cuba. Cuba ocupa un lugar más sensitivo en relación a los intereses estratégicos de los Estados Unidos, y la sombra de la doctrina "istmeña" puede haber hecho a los Estados Unidos aun más sensitivos a la revolución en Cuba. Además, los Estados Unidos tenían un mayor interés económico en Cuba en 1959 que el que tenían en Bolivia en 1952, pues Bolivia es la antepenúltima en la lista de las inversiones norteamericanas en el extranjero. Todos estos factores pueden haber contribuido a los diversos resultados obtenidos por la cautela en Bolivia y en Cuba.

La Revolución Cubana y los subsiguientes actos de Fidel Castro indican que la forma de la Diplomacia del Dólar usada en la década de 1930 no provee una solución adecuada a la situación actual de Latino América. Otros instrumentos han fallado también: acción multilateral por la Organización de Estados Americanos y subversión al abrigo de la Agencia Central de Inteligencia. Ambos actos nacieron del temor que el Comunismo internacional pudiera ganar terreno en el hemisferio y ambos fueron intentos de resolver el viejo dilema entre el Panamericanismo y la Doctrina de Monroe por medio de una forma peculiar de intervención. Tuvieron éxito en Guatemala en 1954, pero hasta la fecha han fallado en el caso de Cuba. Muchos norteamericanos conscientes, sin embargo, objetan la intervención subversiva usada por la ACI. No se trata aquí de la moralidad o posibilidad de semejante acción. El punto a discusión es que los varios medios usados en el pasado para reconciliar el Panamericanismo y la Doctrina de Monroe han demostrado ser ineficaces. No han tenido éxito ni en mantener una sana estabilidad en la América Latina ni en impedir que un sistema imperialista extranjero explote el desasosiego que nace de los insolutos problemas sociales y económicos.

IV

¿Qué puede decirse con respecto al papel actual de los Estados Unidos en las revoluciones económico-sociales de Latino América? Los Estados Unidos han ido lejos desde 1900. Hoy los Estados Unidos apoyarían un cambio en el "status quo". Los Estados Unidos no son exagerados entusiastas de cambios revolucionarios, pero aun estos serían apoyados si no son de origen comunista. Recientes declaraciones de Chester Bowles, Adlai Stevenson y el Presidente John F. Kennedy también indican que "el vacío de comprensión" ha sido llenado. Estos funcionarios reconocen la necesidad del cambio social y económico en Latino América. En 1960 Mr. Kennedy escribió:

Castro es también parte de la frustración de aquella primera revolución que ganó la guerra contra España pero que dejó incólume el orden feudal nativo. Mas Cuba no es un caso aislado. Aun podemos mostrar nuestra inquietud por la libertad y nuestra oposición al "status quo" en nuestras relaciones con los otros dictadores latinoamericanos que ahora, o en el futuro, traten de suprimir las aspiraciones del pueblo. Y podemos tomar las medidas positivas, por tanto tiempo pospuestas, que se requieren para permitir que la ola revolucionaria que barre la América

Latina se mueva por canales relativamente pacíficos y sea encausada en las grandes tareas constructivas a mano.

El tiempo es esencial, sin embargo. Los Estados Unidos no pueden esperar más tiempo a que influencias moderadoras se desarrollen en una revolución para dar su ayuda. El tiempo viene, si no es que ya llegó, que sea demasiado tarde una vez que la revolución ha comenzado. Pedro Beltrán, del Perú, lo expresa de esta manera: "Con millones de indios desposeídos y masas miserables en nuestros barrios bajos despertándose, la violencia no está lejos. Tenemos quizá cinco años para levantar el nivel de vida".

El viejo dilema entre el Panamericanismo y la Doctrina de Monroe todavía existe; mas ha surgido una nueva dimensión. Los Estados Unidos están todavía interesados en la paz y estabilidad de Latino América, y están todavía opuestos a la expansión de sistemas imperialistas extranjeros. Hoy, los Estados Unidos parece que se alejan de la política de dar apoyo ciego al "status quo" con el objeto de alcanzar esa estabilidad. Los funcionarios responsables de la política exterior ahora parecen darse cuenta que la anterior política conducía precisamente a aquello que los Estados Unidos trataban de evitar. Con todo, que puede todavía hacerse? Si los Estados Unidos se mueven en contra de las atrincheradas oligarquías se les acusará de intervención. La Diplomacia del Dólar no ha resuelto este problema tampoco, pues muy a menudo la ayuda norteamericana ha servido simplemente para fortalecer las oligarquías imperantes. Como el Profesor Edwin Lieuwen ha señalado en su libro, "Armas y Política en Latino América", la ayuda militar con frecuencia ha animado a las fuerzas armadas sentirse sobre "una caldera social" y desanimar la presión popular por el cambio. Por otra parte, el reciente programa de los Estados Unidos ligando la ayuda económica a la reforma social ha encontrado cierta oposición en el Perú y Ecuador. Existen límites hasta donde los Estados Unidos pueden llegar para procurar un cambio, pero por lo menos el Departamento de Estado es consciente del problema y nuevas fórmulas están siendo preparadas.

En términos de la historia del mundo, los Estados Unidos no han tomado mucho tiempo en llegar a esta posición. En términos del siglo XX revolucionario, sin embargo, se han tomado mucho tiempo. Hombres de letras, estadistas Latinoamericanos y otros han estado dando señales de alarma desde hace varios años, pero hemos necesitado que un Vice-Presidente estuviera en peligro y que un vecino cercano se echara en brazos de nuestros adversarios para que nos despertáramos. Quizás Mr. Dooley, el cantinero irlandés, nos haya dejado una síntesis de este problema hace ya algunos años, cuando describió las revoluciones en estas palabras:

Mis errores son mis errores, y poco os importan hasta que comienzan a molestaros. Si yo estoy enfermo en mi cuarto del segundo piso, nada os importa, pero cuando yo comienzo a berrear y a hacer temblar las paredes hasta que os caiga el repello encima, entonces llamaréis al médico.

NOTA: ROBERT FREEMAN SMITH es autor de "Los Estados Unidos y Cuba: Negocio y Diplomacia" y miembro del Departamento de Historia del Colegio Luterano de Texas, en Seguin)